

Los Dominicos

(AL REDEDOR DEL MUNDO)

Casi ocho siglos separan a la actual Orden de Predicadores de su fundador, ya que Santo Domingo de Guzmán dejó este mundo el 6 de agosto de 1221.

Santo Domingo había dejado una sabia organización de gobierno que se conserva hasta ahora; las provincias o comunidades regionales al estilo de los gremios de profesionistas, que precisamente en aquel siglo XIII surgían. A la muerte de Domingo había provincias en España, Francia, Alemania, Inglaterra, y dos en Italia; con el tiempo iría aumentando velozmente el número de las mismas. Cada provincia debió diseñar su apostolado según sus condiciones particulares; siempre en fidelidad al carisma dominicano de comunidad de estudio y oración, y acompañando el nacimiento de las ciudades y el derrumbe del feudalismo.

Desde su origen los dominicos fueron misioneros; ya a partir del siglo XIII se multiplicaron los esfuerzos evangelizadores hacia el norte de Europa, Rusia, los países eslavos –en donde sobresalió San Jacinto de Polonia, el norte de África y medio Oriente. Esto último fue posible porque era el tiempo de las cruzadas. Se fundaron escuelas de lenguas y culturas islámica y judía, para los frailes misioneros; para ellos escribió santo Tomás su importante Suma contra los gentiles. La sangre de muchos mártires dominicos fecundaba las fronteras de la Iglesia... ¡Se cuenta que dos dominicos acompañaron a Marco Polo a China!

Por otro lado, antiguamente los delitos contra la religión eran delitos contra el Estado; con ese motivo cualquier juez, aun el más ignorante en teología, podía juzgar los asuntos religiosos. Los Papas se dieron cuenta de que eso no podía seguir así; que para cierto tipo de denuncias y litigios hacían falta jueces que fueran verdaderos peritos teólogos, y fue entonces que se llamó a numerosos frailes a ejercer el santo oficio de la inquisición, o averiguación. Varios de estos frailes fueron asesinados por los herejes, entre ellos San Pedro Mártir. Sólo después la Inquisición se convirtió en instrumento político de los monarcas.

Un fenómeno que en el siglo XIII acompañó al surgimiento de las ciudades, fue la aparición de las universidades, de modo que numerosos frailes se integraron en un esfuerzo de estudio y reflexión universitaria, donde había que poner al día el pensamiento según las nuevas exigencias, pero en donde el teólogo debe reconocer al otro como colega e igual en el diálogo, y ya no como aprendiz; usar más los argumentos de la razón, y menos la obediencia a la autoridad. Un verdadero ejército de maestros, teólogos, comentaristas, traductores, secretarios, todos ellos representados por dos poderosas figuras: San Alberto Magno que abordó todas las ramas del saber humano, especialmente las ciencias naturales, y Santo Tomás de Aquino, cuyo sistema filosófico-teológico sigue siendo, hasta hoy, de necesaria referencia.

Si el siglo XIII fue una commoción en muchos sentidos; el siglo XIV exigió al ser humano una vuelta sobre sí mismo para poner en orden su vida según las nuevas condiciones. Ahí estuvieron los dominicos, en la teología espiritual y mística, sobresaliendo Juan Eckhart, Juan Taulero y Enrique Susón. El reto era siempre el mismo; recuperar la tradición y la experiencia personal, para tratar de iluminar la situación presente; pero la aportación de estos tres místicos resultó demasiado original y audaz para su tiempo, y sólo hasta ahora está pudiendo ser comprendida en su grandeza.

La mística dominicana, si bien es contemplativa por naturaleza, no ha sido nunca de huida y encierro; una de las más grandes dominicas y místicas de la historia, Santa Catalina de Siena, seglar tuvo un papel decisivo en la política de su tiempo y en la vida de la Iglesia; baste decir que gracias a su actividad diplomática, los Papas regresaron a Roma después de cuatro décadas de autodestierro. De esta época sobresale también San Vicente Ferrer, gran filósofo, profesor y político, que contribuyó a que dejara de haber dos Papas al mismo tiempo, durante el Cisma, pero que además dedicó veinte años de su vida a predicar por las aldeas y caminos de casi

toda Europa occidental.

Cambios en la economía, la política y la vida de la Iglesia aceleraron la transformación de Europa en todos sus aspectos; esta vez nos encontramos en la Florencia del s. XV, cuna del Renacimiento. Vemos ahí a Fray Angélico, notable pintor del primer Renacimiento. Por otro lado, otra vez había que renovar la doctrina, especialmente la teología moral, a la luz de los cambios sociales; esta labor la realizó San Antonio de Florencia, con especial atención a la moral económica.

Sin embargo, la puesta al día no se podía quedar en el pensamiento, sino que había que renovar toda la vida, y este desafío lo asumió como propio fray Jerónimo de Savonarola, que perseguía tres ideales: la vuelta de la Iglesia al Evangelio de Cristo, el regreso de los frailes al proyecto de Santo Domingo, y la reforma de las costumbres de toda la sociedad. Su lucha fue muy ambiciosa, a veces tal vez imprudente, afectando las más altas esferas del poder civil y religioso; Fray Jerónimo fue ahorcado y quemado el 23 de mayo de 1498.

Pero seis años antes, en 1492, Cristóbal Colón había llegado a América; ello implicaba un conflicto enorme para la mentalidad europea de la época, transformando las estructuras económicas y sociales, pero sobre todo la concepción del ser humano, al reconocer la plena condición humana de las razas americanas. Casi inmediatamente comenzaron a llegar a las tierras descubiertas frailes de diferentes órdenes; en 1526 llegó el primer grupo de dominicos destinados a México. Precisamente se debe a los dominicos, especialmente a Fray Julián Garcés, primer obispo de México, el esfuerzo definitivo para que en 1538 el Papa Paulo III reconociera solemnemente la condición humana de los indígenas. El grupo de dominicos que luchó de muchas maneras por defender a los habitantes autóctonos de los abusos de la Colonia, está dignamente encabezado por Fray Bartolomé de Las Casas, O.P. (1566), primer obispo de Chiapas. Los dominicos florecieron sobre todo en el sur de México, llegando a tener cuatro provincias: México, Oaxaca, Chiapas – Guatemala y Puebla. En Sudamérica brillan, entre otros muchos tesoros dominicanos, los nombres de los santos peruanos Rosa de Lima, seglar y Martín de Porres, cooperador.

Muchos dominicos que permanecieron en España, especialmente en el convento de San Esteban de Salamanca, se entregaron al trabajo teológico; había que renovar la teología, la filosofía y el derecho a la luz de los nuevos descubrimientos y condiciones económico – políticas; en ello sobresalió Fray Francisco de Vitoria, fundador del derecho internacional; algunos de sus alumnos, importantes teólogos y juristas como Fray Domingo Báñez y Fray Domingo de Soto, asistieron brillantemente al Concilio de Trento (1545–1563); era urgente replantear la vida y la doctrina de la Iglesia, sobre todo con motivo de la reforma protestante en el norte de Europa, de donde lamentablemente fue erradicada la Orden durante bastante tiempo.

Fue San Pío V, papa dominico, quien inició la aplicación del Concilio, y también animó a los monarcas católicos a unirse contra el poderío turco, que amenazaba acabar con la Europa cristiana.

Una vez inaugurada la modernidad, en el siglo XVI, había desaparecido la unidad europea; no había nada en común, ni lengua, ni religión, ni enemigos; además era preciso consolidar las naciones modernas, de modo que todo el s. XVII fue casi únicamente de guerras de religión y entre familias reales para repartirse los tronos de Europa. El viejo continente entró en un estancamiento, y también la Iglesia y la Orden. Sin embargo, ahora los ojos estaban puestos en Occidente; desde el s. XVII y hasta el XIX principalmente, los dominicos realizaron importantes esfuerzos misionales al otro lado del mundo. Numerosos grupos de mártires en Japón, China y Vietnam, tanto frailes como seglares y cofrades del Rosario lo confirman. A nivel mundial, el número de frailes llegó a 30,000.

Sin embargo, una vez replanteadas las condiciones políticas de Europa en el s. XVIII, y sobre todo a partir de la Ilustración y la revolución industrial, toda la Iglesia, cada agrupación de diverso modo, hubo de soportar los excesos de reyes que gobernaban según el despotismo ilustrado y querían controlar todo. La orden dominicana no fue desaparecida, como otras, pero se experimentó un descontrol notable; sólo hubo cinco capítulos generales en todo ese siglo.

En 1789 estalló la revolución francesa, y con ella movimientos revolucionarios en Europa, y de independencia en América Latina. Afortunadamente se acabó con los déspotas, pero la Iglesia tuvo que sufrir, ahora sí, verdaderas persecuciones a causa de las ideas liberales. En Europa, sobre todo en Francia y España, la Orden estuvo a punto de desaparecer, en América decayó gravemente. Y significativamente fue de Francia de donde salió el impulso renovador de toda la Orden; en 1839 el P. Enrique – Domingo La cordaire ingresó al noviciado dominicano en Italia; al año siguiente regresó a Francia, donde comenzó la restauración de la Orden, misma que a nivel mundial fue fortalecida durante el generalato de Fray Vicente Jandel (1855–1872), quien entre otras acciones importantes promulgó unas nuevas Constituciones y un nuevo Ritual Dominicano.

Un grupo de frailes franceses expulsado de su patria se asiló en Salamanca, contribuyendo a restaurar la Orden en España; comenzaba por entonces el movimiento de restauración dominicana en los lugares donde nuestra presencia estaba debilitada o había desaparecido. En México la restauración provino de España y comenzó en 1895.

Apenas pudo respirar un poco, la Orden de Predicadores comenzó a fructificar de nuevo; en 1890, Fray Marie – Joseph Lagrange, uno de los franceses que vivió en el convento de Salamanca, fundó, entre problemas e incomprendiciones por parte de la Santa Sede, la Escuela Bíblica y Arqueológica de Jerusalén, que hasta la fecha es un esfuerzo para estudiar la Sagrada Escritura aplicando los métodos de las ciencias modernas. Pero no sólo en el campo bíblico realizó aportaciones la Orden; en teología han destacado notablemente Fray Marie – Dominique Chenu, el Cardenal Yves Congar, Fray Edward Schillebeeckx, Fray Christian Duquoc, etc. En los años cuarenta Fray Jacques Löew fue pionero del movimiento de los sacerdotes obreros en Francia, mientras que en 1958 Fray George Pire, belga, recibió el Premio Nobel de la Paz. Ciertamente muchos dominicos que han hecho progresar la teología en el siglo XX sufrieron incomprendiciones y limitaciones en su tiempo; pero formaban parte de una corriente de renovación y sensibilización que cristalizó cuando el Concilio Vaticano II (1962–1965), la gran reunión de más de 2,000 obispos, sentó las bases para una profunda puesta al día y transformación de la Iglesia.

Todo lo que los dominicos han aportado a la Iglesia desde la fundación, en 1216, poco o mucho, es gracias a la fidelidad al carisma de Santo Domingo, vivido de diversas formas y con mayor o menor intensidad a través del tiempo; sólo una vida de estudio auténtico, comunidad generosa y oración sincera, harán posible al dominico un apostolado y predicación verdaderos, útiles al prójimo, siguiendo siempre los caminos que nuestro Padre y nuestra tradición nos han marcado. Actualmente la Orden trata de replantear su vida y su misión, de cara a las nuevas urgencias y realidades; la presencia del Evangelio en África y Asia, el diálogo con nuestra cultura posmoderna que afecta todos los aspectos de la vida, etc.

Los dominicos debemos ser fieles a nuestra identidad; lo que hace falta ahora es que hombres y mujeres jóvenes y valientes se animen decididamente a caminar con Santo Domingo y con tantos otros dominicos y dominicas del pasado y del presente, esta vez por los senderos del siglo XXI, convencidos de que el estilo dominicano tiene mucho para dar al mundo, y para hacer útiles y felices a quienes se deciden a seguirlo.